

Discurso de bienvenida pronunciado por Juan Manuel Suárez Japón, rector de la Universidad Internacional de Andalucía (UNIA).

Señora Presidenta de la Diputación Provincial de Huelva, Representante de Cajazol, señor Director general del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, querido Presidente de la Fundación Biblioteca de Literatura Universal (BLU), señoras y señores asistentes y participantes en la III Acta Internacional de la Lengua Española, señoras y señores:

Como rector de la Universidad Internacional de Andalucía no puedo por menos que comenzar esta breve alocución de saludo y bienvenida expresando la satisfacción que hoy sentimos por estar aquí participando en un acontecimiento de tan alta dimensión cultural, como si duda lo es esta III Acta Internacional de la Lengua Española que ahora se inicia en este señero lugar del Monasterio de La Rábida y que, como acaba de decir nuestra Presidenta, se desarrollarán sus sesiones en nuestras instalaciones de la Sede Onubense universitaria.

Corresponde, pues, por esa misma razón expresar también nuestra gratitud quienes tomaron la iniciativa de proponer o de hacer posible nuestra colaboración en un proyecto que por muchas razones tanto conviene y se corresponde con lo que son algunos de los ejes básicos de nuestra universidad en general y de esta su sede de Santa María de La Rábida, en concreto. Una sede en la que desde hace más de 50 años se viene desarrollando una intensa actividad académica, intelectual y científica, orientada de forma prioritaria al ámbito iberoamericano. Una sede universitaria en la que se diseñan y ejecutan programaciones planteadas siempre con la mirada extendida a uno y otro lado del ancho océano, convertido para nosotros a estos efectos en una suerte de mar interior del espacio común de nuestra lengua y de nuestra cultura.

Gracias sean dadas, pues, a la Fundación BLU, a Cajazol, a la Diputación onubense y al Ministerio de Cultura, instituciones con las que tenemos el honor de compartir esta iniciativa, a la que acogeremos en nuestras aulas no sólo con la mejor de nuestras capacidades y disponibilidades sino también con un cierto sentimiento de orgullo, el que deriva de sabernos durante estos días situados en el foco de las miradas de quienes

desde cualquier rincón del mundo hispano se preocupan por la realidad del presente y el futuro de su lengua.

Señoras y señores: ningún lugar ni ocasión que la que aquí a hora se ofrece en un acto inaugural de unas sesiones que van a versar sobre la lengua para insistir en el valor de la palabra. Un valor que no se refiere sólo a su dimensión práctica, funcional y utilitaria, sino también al valor simbólico. Al valor simbólico que por determinadas circunstancias, algunas de ellas llegan a adquirir. Suele esto ocurrir especialmente con los nombres con los que designamos a las realidades que nos rodean y con las que convivimos, sobre los que siempre se proyectan nuestros mecanismos de percepción, nuestro subjetivismo personal, nuestras formas particulares de entender y de sentir el mundo. Casos hay en que algunos de estos nombres trascienden su inicial valor. De su sentido primigenio como instrumento que señala y nomina a una realidad precisa. Entonces, estos nombres, cargados de simbolismos añadidos, extienden sus significados por ámbitos más generales, traspasando las frágiles fronteras de las lenguas integrándose en otras diferentes de aquellas que los crearon y entendidos en ellas con idéntico sentido. Cuando tal sucede, los topónimos devienen en conceptos y definen realidades simbólicas entendidas como tal en los ámbitos globales de la cultura. Y este de La Rábida es, sin duda, uno de ellos, pues a su sólo enunciado: La Rábida, se despliega ante todos nosotros, ante todos los componentes del espacio común de nuestra lengua, la evocación de un tiempo histórico, de unos protagonistas de unos hechos trascendentes de una especial e irrepetible experiencia humana a partir de la cual todo fue ya distinto para la vida de los territorios y de los pueblos que hoy formamos el mundo hispano.

Bienvenidos, pues, a La Rábida y a su sede universitaria en cuyo nombre os hablo. Estamos en uno de esos lugares por los que pasó la historia dejando sus huellas indelebles. No creemos caer en la hipérbole que con tanta frecuencia se asocia al temperamento y al carácter de los andaluces si afirmo nuestra convicción de que este es uno de esos lugares en los que la geografía y la historia se conjugaron para desencadenar ese tipo de acontecimientos que obliga a cambiar los capítulos en los libros de historia. Porque son hechos que separan y distinguen un antes y un después. Toda esta colina de La Rábida, elevada sobre esteros y ríos, asomada al mar Atlántico, fue escenario de hechos notables, y este monasterio en particular es, sin género de dudas,

un enclave que tiene reservado un lugar de privilegio en la historia universal de los viajes que cambiaron la faz del mundo conocido.

Estamos en uno de esos hitos esenciales en la gestación y posterior consolidación del que acabaría siendo el ancho territorio de nuestra lengua común. Pues si es notorio que fuera el monasterio de San Millán de la Cogolla el ámbito de su primera cuna, también lo es que fue en este, en el de La Rábida, donde se hizo posible su condición de lengua universal. Vuestra presencia aquí, al amparo de este sugestivo proyecto que representa la III Acta Internacional de la Lengua Española, impulsado de modo tan sabio como entusiasta por Rafael Escuredo y por las instituciones que desde el principio lo secundaron, vuelve pues a proyectar su luz sobre este monasterio y sobre nuestra universidad señalándonos lo que somos, no sólo como una obligada referencia del pasado común para con el mundo iberoamericano, sino también como parte de un compromiso con la construcción de un futuro compartido.

A esos dos objetivos que enlazan la asunción responsable de nuestro pasado. Con el compromiso firme de participar en la construcción del futuro, se orienta de manera esencial la cotidiana tarea de nuestra universidad. A la que siguen acudiendo estudiantes de todos los confines de América hispana para completar aquí su formación intelectual y profesional. De ahí el plus de satisfacción añadida que hoy sentimos teniéndoles en nuestras aulas.

Por todas estas razones y por muchas más que podrían aducirse, y que ahora eludo en aras de la brevedad a que este tipo de intervenciones obliga, quiero reiterar mi gratitud a quienes ha hecho posible que estas III Actas se celebren aquí con la colaboración de nuestra universidad, que sus sesiones tengan acomodo en nuestras aulas, y en definitiva, que estas aulas hagan posible que durante estos días la Sede onubense de la Universidad Internacional de Andalucía sienta reforzada, más aún si cabe, su vocación iberoamericana, aquello por lo que nació, lo que le sigue dando ahora su razón de ser y su seña de identidad más definitiva.

Termino, señoras y señores. El próximo lunes, una vez que estas jornadas de estudio y de trabajo hayan finalizado y cada uno de ustedes hayan iniciado el retorno a sus lugares de origen, comenzarán a llegar a nuestra sede los estudiantes que vendrán a

cursar la programación del segundo trimestre del año 2008. De nuevo nuestras aulas, nuestra biblioteca, nuestras salas, el espacio todo de nuestra universidad, se llenará con los sonidos del español de todos los rincones de América, como viene sucediendo desde hace más de 50 años.

Es por eso por lo que podrá entenderse mejor que nos sintamos tan especialmente complacidos por el mero hecho de que el nombre de nuestra universidad, la Universidad Internacional de Andalucía, se vea asociado a lo que aquí ahora se plantea, a la causa que aquí se defiende y a cuanto aquí a partir de ahora se concluya.

Nada más, muchas gracias.